

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

DUBLAN & C^o, impresores.

AÑO VI. }

MÉXICO, ABRIL 1^o DE 1876.

{ NUM. 105.

CONVERSACIONES

SOBRE

LAS OBRAS DE DIOS

Y LAS

BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

(CONCLUSION.)

CONVERSACION NOVENA.

EL HOMBRE: SU DESTINO PRESENTE Y FUTURO.

Cuando yazga dormido bajo el frío mármol, y pese sobre mi corazón el plomo de mi féretro; dime, antorcha divina, esencia incorruptible, alma mía, dime: ¿cuál será la morada que se abre ante tí?

(PAULINA FRAUGERGUES.)

Inexorable tiempo: ¿nada resiste á tu poder destructor? El arco triunfal se desmorona bajo tus pasos de gigante. Para derribar las altas columnas, arrancar los cimientos de los templos, basta una oscilacion de tu potente brazo. Las artes entregan

sus monumentos á tu insaciable mano, y una sola mirada tuya corroe y destruye las obras del hombre. Pero ¿qué! ¿no te atreves, por ventura, rival osado del Creador, á atacar las obras maestras de la creacion, á cambiar de puesto á los inmensos mares, á desarraigar los montes de orgullosas cimas? Y sin embargo, el hombre te desafía y triunfa de tí. Esos dias que tú nos mides; esos dias nebulosos, cortos y tristes, que con avara mano nos dispensas, serán reemplazados por el gran dia de la Eternidad, dia sin mañana, sin crepúsculo, sin nieblas, sin velos, sin fin!

¡Dichoso el que, libre de vulgares cuidados, dueño de sus ocupaciones y de sí mismo, puede emplear todos los instantes de una vida perecedera en adornar una alma inmortal! Dichoso el que con frecuencia se lanza lejos de su estrecha prision, de su envoltura de barro, y se embriaga de antemano en su futura inmortalidad! Dichoso el que, admirando este sublime universo, este mundo prodigioso nacido de un pensamiento divino, se eleva hasta la grande y primera causa! Por do quiera verá brillar la sabiduría y bondad divinas; por do quiera, pero especialmente en sí mismo!

¿Qué estudio podria ofrecer un interes mas vivo y mas noble que el del hombre? ¿Qué cosa hay

mas importante de conocer que nuestra naturaleza, nuestros deberes, nuestros destinos? Vemos con admiracion un capullo de rosa que rompe su ligera envoltura y se abre al sol y al rocío, el pájaro que ensaya sus débiles alas; el insecto que se escapa de su prision, imagen de la muerte, para gozar de una vida nueva y mas animada. Hallamos un justo motivo para bendecir al Creador en cada uno de los seres que salen de sus manos; y ¿cuánto mas brillantes, mas sublimes, no aparecen en el hombre su poder y su bondad? El hombre toca con su cuerpo á la tierra, y al cielo con su alma; es el anillo viviente que une al tiempo con la eternidad; es el pensamiento último y mas perfecto de las obras de Dios. Mirad ese sér privilegiado! Cuán noble es su andar! cuán admirables sus facciones! ¡Cuán bellas y sublimes eran las primeras criaturas humanas salidas de las manos del Señor! ¡Cuán bellas y sublimes, cuando, adornadas con su inocencia, *revestidas*, como dice Milton, *de su majestuosa desnudez*, marchaban, en los primeros dias del mundo, bajo los sagrados árboles del Eden, por en medio de sus súbditos sobrecogidos de respeto! Contemplad á esos reyes del universo! Solo ellos, entre todos los seres, alzan hácia el cielo esa frente en que brilla la inteligencia, esas miradas llenas de reconocimiento

y amor; solo ellos adoran al Dios que los ha hecho; solo ellos pueden comprender y admirar sus obras: solo ellos vuelan hácia ese Dios con las alas de fuego de la oracion. A ellos solo se reveló el Verbo desde el principio, y dió el Creador un lenguaje que sirve á un tiempo mismo de alimento y de expresion al pensamiento inteligente, que hace mas delicadas sus formas, mas fugitivas sus modulaciones. Facultad divina que coloca, por sí sola, al hombre á una inconmensurable distancia del bruto!

Los animales no están, sin duda alguna, enteramente desprovistos de la facultad de expresar algunas de sus sensaciones. La alegría, la ternura, el amor maternal, se reconocen en los dulces y variados cantos de las aves, en los vagidos ó gritos de los cuadrúpedos. El dolor, el miedo, la hambre, el terror, arrancan á la mayor parte de los animales acentos espantosos ó plañideros.

Otros aprenden á conocer el nombre que su amo les ha dado, y á obedecer las órdenes que se les intiman. Mas solo el hombre expresa con palabras un número indefinido de ideas, y ha hecho de la palabra un arma mas poderosa que la espada; despues de haberlo subyugado todo con ella, le ha divinizado. La elocuencia y la poesia han tenido templos, y puede decirse sin impiedad que es la ménos insensata de las idolatrías. Sí; si permitido fuese tributar culto de adoracion á otra cosa que á Dios, seria á lo que establece el imperio del pensamiento y hace que la inteligencia domine á la forma material. ¡Cuán poderoso no es el que sabe empuñar ese cetro mágico! Vedle dominar con sus acentos las naciones, imponer el sentimiento, arrancar á los ojos lágrimas de simpatía. Poeta: yo te escucho, y mi alma no me pertenece; tuya es, tuya porque puedes á tu placer inundarla de amargura y de delicias; tuya, porque cuando te place infundes en ella un esfuerzo invencible, ó la haces estremecer de terror; tuya, pues la llenas alternativamente de gozo, de piedad, de entusiasmo; tuya, en fin, porque revelaste á mi alma lo que ella es.

El hombre, con el don de la palabra, recibió el de la sonrisa y el de las lágrimas, que son á la elocuencia lo que el perfume es á la flor, el colorido á la pintura, la fisonomía á la belleza. La sonrisa comunicativa expresa la benevolencia y la hace nacer en los demás; difunde la alegría en el corazón sin que éste sepa por qué está gozoso. En los labios de un niño, es la mas dulce expresion de la inocencia y del candor; el primer pensamiento del hombre se revela en la sonrisa del recién nacido, que hace estremecer de júbilo las entrañas maternas. En los labios del anciano, la sonrisa es tierna: expresa la benevolencia, y es para la juventud un estímulo y una recompensa. ¡Pero cuánto mas persuasiva no es la elocuencia de las lágrimas! Las lágrimas no son como piensa el vulgo un signo de dolor únicamente: son la fuerza del débil y el poder de la súplica. El amor, la piedad, el entusiasmo, todos los sentimientos generosos se expresan con ellas mucho mejor que con palabras.

Las lágrimas son el único lenguaje del hombre al nacer. Los lloros de la infancia no tienen nada de amargo: no los reprendais con severidad; enjugadlos con una caricia: como el sol de Abril se muestra risueño despues de una lluvia pasajera, vereis reaparecer la juguetona sonrisa en el rosado rostro infantil.

Los antiguos caballeros combatian por conquistar una sonrisa de su amada. Otros guerreros ménos generosos, los crueles vencedores de Ilión, se dejaron desarmar á veces por el llanto: el de Priamo venció al inexorable Aquiles. Pero, sin recurrir á esas maravillosas ficciones del Padre de la poesia; sin mostraros tampoco al Homero de las nebulosas regiones del Norte, el antiguo bardo Morven llorando sobre el Monte Solitario la muerte de Oscar y de Malvina, ¡cuántas páginas elocuentes y cantos melodiosos no debemos á esta disposicion del corazón del hombre! La lira de Malherbe se humedeció con las lágrimas de San Pedro, y halló, en un idioma bárbaro aún, una armonía desconocida hasta entonces. La musa de Racine lloró á Sion, y la de Corneille recogió las lágrimas de Chimene. Apenas hay un

gran poeta que no haya encontrado lágrimas en el fondo de su corazón, y que no posea el secreto de hacerlas derramar. Algunos han considerado esta sensibilidad que hace llorar, como la parte mas rara y mas esencial del génio. Escuchad al cantor de Atala y de Cimodocea: «Musa celeste, que inspiraste al «poeta de Sorrento y al ciego de Albion.... enséñame sobre el arpa de David los sonidos que debo «dejar oír; dá, sobre todo, á mis ojos algunas de «esas lágrimas que Jeremías derramó sobre las des- «gracias de Sion.»

Conocia tambien todo el poder de las lágrimas ese Harold que hizo resonar con sus armoniosos suspiros las humeantes ruinas de la Grecia y los viejos templos de Roma, las islas de los Piratas y las llanuras del vasto Océano, las negras mazmorras de Chiron y los fúnebres campos de Waterloo. Si el laud del noble desterrado nos penetra y nos encanta, es especialmente cuando el llanto lo ha reblanqueado.

Un poeta que Byron llama el Anacreonte británico; un poeta cuyos cuadros son graciosos como los encantados valles de Cachemira, y los cantos tan suaves como los perfumes de la rosa de Eden, ha sentido tambien el poder de las lágrimas. ¿Quién no conoce ese encantador apólogo en que nos representa un espíritu celestial que busca, para ofrecerlo á Alá, lo que el Unirverso encierra de mas precioso? Recorre las ciudades, los desiertos, y se sumerge en las profundidades del Océano. Sus ricos abismos le ofrecen rubíes y carbunclos; pero las gradas del trono de Alá están cubiertas de ellos: á los ojos de Alá esas piedras son polvo del desierto.

La Perú llega á una ciudad devastada por la peste. Todo en ella ha sucumbido: solo dos seres respiran aún. Uno de ellos está atacado de la funesta plaga, es un jóven, una mujer, un ángel, vela á su lado: le prodiga los mas tiernos cuidados, y no puede arrancarlo á la muerte. Espira al fin. ¿Qué hará ahora la jóven esposa? Abandonará esos despojos queridos? No, los estrecha contra su corazón y exhala el postrer suspiro. Ese suspiro debe ser precioso á los ojos de Alá, y la Perú lo recoge. Lo lleva á los piés del trono donde el Eterno reside encima de las nubes. La ofrenda es muy pura, la dicen, pero hay una mas digna de Alá.

El celestial génio agita de nuevo sus incansables alas, y dá hasta tercera vez la vuelta á nuestro globo. Entre multitud de crímenes ve brillar algunas virtudes; pero nada de cuanto hiriera sus miradas le pareció comparable á su primera ofrenda.

La Perú subió de nuevo al empíreo con las manos vacías. De repente oye gritos prolongados, y ve en un campo de batalla un puñado de héroes acometidos por numerosos enemigos, bajo cuyos golpes sucumben. Uno solo respira aún: incapaz de salvar á su patria no quiere sobrevivirla, y espera la muerte inmóvil en su puesto. No se cree libre de sus deberes para con su patria hasta que siente á la muerte cerrar sus ojos y salir la última gota de sangre de su pecho abierto por la espada. La Perú contempla con admiracion á ese guerrero. La hija del cielo dobla su rodilla ante los restos inanimados de un mortal, recoge esa última gota de sangre que animó un corazón generoso, y vuela al firmamento. Alá dirige sobre esta ofrenda una mirada favorable; pero reclama un don mas raro aún, mas grato á sus ojos. La Perú, desesperando de hallarlo entre los mortales, recorre todos los innumerables soles, todos esos mundos refulgentes que gravitan en el éter azulado. En vano busca, y vuelve á bajar á nuestro globo. Ve un rústico templo donde vírgenes inocentes, pontífices sagrados, una ferviente multitud ofrece sus votos al Eterno en piadosos cánticos. En el pórtico del templo hay un hombre que ora, solo y oculto á la sombra de un pilar. La hija del cielo abraza de una sola mirada multitud de años; lee en la fisonomía de ese hombre que su vida está sembrada de crímenes: una lágrima rueda por su mejilla, y la Perú se estremece de júbilo. Coge aquella lágrima, la coloca sobre su corazón, y vuela hácia el empíreo, cuyas puertas se abren con estrépito ante ella: Alá prefiere aun á la misma virtud, una lágrima de arrepentimiento.

El hombre, tan limitado en la extension de vida terrenal, es grande en las obras del ingenio inmenso por sus deseos, por sus esperanzas, por los impulsos de su alma, que nada satisface aquí abajo, que concibe lo infinito y tiende á él. Deja huellas de su paso en esta tierra que con tanta rapidez atraviesa: su corta existencia le basta para levantar á su gloria monumentos casi eternos. Testigos Homero y los Sesostris, la Ilíada y las Pirámides! A qué fué, pues, destinado este ser tan superior á cuantas criaturas cubren la tierra, llenan el mar, y pueblan los etéreos campos! ¿A qué fué destinado? A la inmortalidad! á la felicidad sin fin como su existencia futura; á una ciencia sin límites como sus deseos; á la posesion de Dios, fuente de toda vida, de toda ciencia, de todo bien.

Ese es el fin para que el hombre fué criado. ¡Cómo, pues, decayó de este próspero estado! ¿Por qué quiso Dios que un día fatal se degradara y se perdiera el hombre? que la muerte, asqueroso reptil, desgarrase y emponzoñase en su gérmen esta noble planta que poseía en el Eden, á la sombra de la inocencia, y que debia cubrir un día de retoños, cual ella inmortales, una tierra para siempre dichosa? ¿Por qué? Esos son secretos de la divina sabiduría. Abatamos ante ellos nuestras frentes..... No, elevemos mas bien hácia el cielo nuestras miradas de gratitud; glorifiquen nuestras voces al Señor; salten de júbilo nuestros corazones: el día de la Redencion ha brillado!

La ignorancia ponzoñosa, las pasiones frenéticas llenaron el mundo de calamidades y de crímenes durante cuatro mil años. En estas profundas tinieblas habian brillado, es verdad, algunos relámpagos, pero rápidos como los fuegos vacilantes que, en una noche oscura y tempestuosa, se dejan ver solo para hacer resaltar mas el horror de la tormenta.

Los que observaban la ley natural, esos reyes pastores, esos santos patriarcas, se transmitieron unos á otros, con el sagrado depósito de las tradiciones, las virtudes primitivas cuyo gérmen habia puesto Dios en el humano corazón. Más tarde, un pueblo elegido por el Señor guardó su ley, y si olvidó con frecuencia al Dios de sus padres, siempre volvió á él. En las mismas naciones entregadas á la idolatría, se vieron rasgos brillantes de virtud y de patriotismo. Aparecieron algunos hombres dotados de tan maravillosa sabiduría, de alma tan grande y esforzada, que parecian haber adivinado la moral evangélica. ¿Quién podrá nombrar sin admiracion á Sócrates ó Leonidas, á Catón ó Régulo? ¿Quién recorrerá sin entusiasmo la Grecia y la Italia? ¿Qué corazón no se inflamará al contemplar el poderío de Roma, las virtudes de Esparta, y las artes del Ática? Mas al lado del mas sublime heroísmo, ¡cuántos crímenes consagrados por una legislacion bárbara! ¡Qué crueles supersticiones! cuántas calamidades que deplorar!

La esclavitud entrega á los hombres otros hombres de quienes se dispone como de una vil propiedad; la vida de esos desventurados depende solo de un capricho de sus amos, que castigan severamente y á veces con la muerte la mas ligera falta. Un infame sibarita degüella á un esclavo que ha tenido la torpeza de romper un vaso precioso, y arroja su cadáver como pasto á sus lampreas, para hacer delicada la carne, más sabroso el gusto de estos peces! ¿Y no hay penas en las leyes civiles ni religiosas de los Romanos para actos tan espantosos? ¿Hablaré de los sangrientos juegos del circo, de esos horribles espectáculos donde el pueblo, ávido de terribles emociones, veía con el gozo de un tigre perecer hombres para su recreo? ¿Referiré esas inmensas carnicerías con que un Neron y un Calígula divertieron para su coronacion á los habitantes de la ciudad eterna? ¿Diré los suplicios reservados á las vestales, en quienes recaian sospechas de que hubiesen quebrantado sus votos? ¿Necesitaré pintar todos los vicios divinizados, y mostraros entre los emperadores, que se elevaban al rango de dioses, seres degradados é indignos de ser llamados hombres? No, hijos míos, no quiero fijar vuestras miradas sobre tan funestas imágenes. Básteos saber que las leyes y las ideas de moral que regian el mundo

ale
prin
no obs
bre, esta
vos que se
de la noche qu
diez de la noche;
habían anuncia
confines de la
caminarse &

Vefanse
flamadas d
nieblas de
ligroso la
des del t
rutilan
blan
de

...ponga
...nga,
...—



505